

RECUERDO UNA CIUDAD JOVEN

■ Mario Alfonso Náñez Garza*

Escribir sobre la arquitectura urbana de Monterrey me dejó petrificado por unos momentos; después, surgió la pregunta: ¿Por dónde empezar? Comenzaría por la zona limítrofe de la ciudad; posteriormente, investigaría su historia; después, sus problemas sociales y su cultura. El tema se hacía cada vez más vasto; pues a partir del concepto “arquitectura”, se abren tres vertientes: arte, humanidad y técnica. Para mediar los tres términos y continuar con el capricho, clasifico lo antes dicho en lo siguiente: el arte de la escritura es lo humano de la reflexión y lo técnico de un sentido estricto de la forma.

No me quedó otra opción más que consultar las citas que tenía reunidas desde la adolescencia, especie de palimpsesto compuesto por lecturas de autores regionales contemporáneos que precedieron la escritura del presente texto, como la lectura de Gerson Gómez, ordenándolas en función de una ciudad en movimiento y su historia.

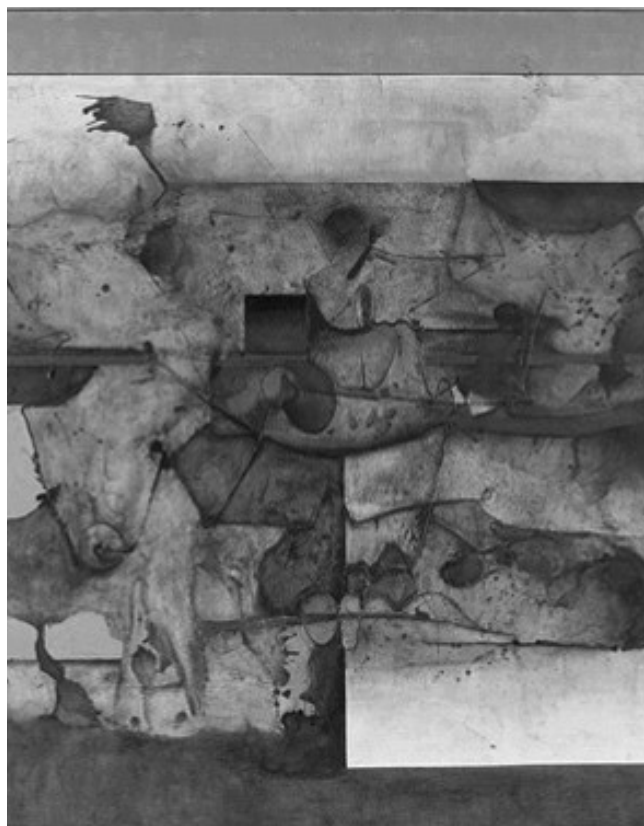
“Cada puntito de luz que se mira en perspectiva es como un alma o cúmulo de almas; juntas, forman una nítida y cálida cubierta, llena de vida, que pasa sobre el oscuro suelo de la mancha urbana”, decía mi padre, cuando salíamos a ver las imitaciones de destellos provocados por el hombre en un cielo negro posado en el suelo de la tierra.

La ficción había superado a la realidad. Tal parece que el cielo, de noche, cambió de postura; cada astro dejó todo. Dejamos de voltear verticalmente y dirigimos la mirada hacia el horizonte de la ciudad de Monterrey.

Su urbanización se aprecia desde acá, desde Cumbres poniente; frente a mí, el Cerro del Topo Chico. Durante el día, luce corrompido, castigado; lo contrario, al atardecer, hasta llegar la noche; a mis espaldas, el

Cerro de las Mitras y el Cerro de la Silla, como Gerson Gómez (2010) afirma: “Continúa como un viejo vigía y observa su falda poblarse de elegantes casas y, en los extremos, arrabales; todos unidos bajo el mismo cielo” (pág. 87). Se respira un clima alegre y fresco; será por la cercanía de los cerros. Los habitantes tienen la dicha de vivir en contacto con los árboles, cada vez más escasos por donde vivo. Por lo mismo, las visitas de los osos son frecuentes e inesperadas, los tlacuaches salen por las noches a husmear la basura, víctimas de una demanda económica y social que castiga su hábitat.

El escaso tiempo limitaba la contemplación de tan bello, y místico escenario. Me ponía a pensar en



*Arquitecto. Actualmente es pasante de la Licenciatura en Letras Mexicanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Se desempeña además como docente de Historia de México en el nivel medio básico.

los puntitos que se apagaban, puesto que mi padre decía que un puntito luminoso era un alma o varias viviendo dentro de tan bella luminosidad; en un segundo, podían suceder infinidad de cosas en la ciudad, pero siempre diferentes escenas. Cuando recreaba lo que podía suceder en cada punto de luz, me adentraba a un microcosmos, pero la vista era superficial, me mostraba un macrocosmos, apreciando las vetas luminosas llenas de luces de los coches en movimiento; como la sangre que recorre las venas, dando vida a cada parte del cuerpo, la ciudad se llena de energía por medio de su gente en movimiento.

El amanecer en el norte no es diferente al de los demás estados; simula una paz; pero es común en una ciudad que aprende de sus errores, o, que al menos, se esfuerza en ello. Gerson Gómez, en sus *Crónicas perdidas* (2010), lo describe acertadamente:

Bajo una pequeña lucecita que tatúa la noche con su rayo frente a la sociedad civil que apenas se organiza, sus poetas creen ser pilares de las letras nacionales en la ciudad de los empresarios del bronceado permanente, de escándalos sexuales en escuelas oficiales, de asentamientos tragicómicos inspirados en corridos musicales, de autoridades gubernamentales con criterios obstinados y de rutas de camiones chatarra que funcionan hasta antes de las once de la noche (p. 87).

Llegaba el momento de acabar la visita a mis abuelos y de dirigirnos hacia nuestra casa. Recuerdo que mi padre prefería irse en la madrugada, porque no había tráfico, y así podía pasar por toda la Avenida de Leones, de poniente a oriente, sin necesidad de frenar en repetidas ocasiones. Como si fuéramos en un vagón de una montaña rusa, y justamente cuando estábamos en la parte más elevada, la gravedad hacía su trabajo para impulsar el carro hacia el carril de asfalto con una topografía pronunciada. A mitad de la Avenida de Leones, se nos destapaban los oídos y se nos ponía de tripas corazón en unas bajadas tan pronunciadas, que hacía inevitable una mueca de sonrisa y tensión simultáneamente.

Me encanta la ciudad de noche, pues se puede meditar dentro del carro sin el inconveniente de estar en un caos de éstos que hay en las tardes en horas pico, cuando las personas salen de su trabajo, hambrientas, con ganas de llegar a su casa para cenar y descansar y así continuar al día siguiente

con la rutina, conscientes de que tienen que esquivar los obstáculos a los que se enfrentan en las calles y avenidas en una ciudad tan insegura, que hace que se pierda la sensibilidad frente al peligro.

Y pensar que aquí nos vanagloriamos de contar con una ciudad industrial, ¿no es así? No tengo duda de que lo sea; hasta, a veces, exagero en eso. “Don Chucho” en *Ven por Chile y sal* (2014) dice: “Ser industrial y primermundista, pero, pos luego se les olvida que apenas hace cuarenta años Monterrey se llenó con gente del campo; eso nos trajo una mezcla de gente y pues uno ya no sabe ni quiénes son sus vecinos” (Riveros 19).

El movimiento en la ciudad es indescriptible, como el de una ciudad cuantificada por metros; el tiempo pasa a ser un cálculo primordial para darle una evaluación positiva a dichas obras. Los servicios públicos forman parte de esa urbanización relacionada con el tiempo. Continúa Gómez su crónica: “El metro: desafío tecnológico de las grandes capitales del mundo: antecedentes del infierno de la explosión humana. No sólo es vehículo, sino una nueva manera de ver la vida, de abordar el carro que nos llevará al siglo XXII” (Gómez, 2010, p. 89).

Todos los detalles que nuestros sentidos almacenan y que renacen con el transcurrir del tiempo atrapado en la obra arquitectónica, me ponen nostálgico; los olores de ciertas zonas de la ciudad, como “los aromas que desprenden los usuarios [del metro] varían de acuerdo con la estación: el que aborda en San Bernabé a las siete de la mañana se dirige a trabajar en la obra, como albañil: orden de tacos envueltos al vapor de la bolsa de plástico (p. 88).

Los recuerdos son tesoros que nutren el alma, fuente de todo sentimiento; de ahí la famosa frase de antaño: “No lloro, nomás me acuerdo”. Porque todo pasa en un mismo lugar; es decir, en un Monterrey que parece no olvidar a sus muertos y resiste en cada rincón de su espacio, para no perder la esencia de sus calles o avenidas.

Después, en un abrir y cerrar de ojos, nos incorporamos a la calzada Madero; se valora de noche; en las tardes, es un fastidio. Los semáforos sincronizados coadyuvan al flujo vehicular y a que disfrutes de forma pasajera la vida nocturna de la ciudad: burdeles, peatones nocturnos y una que otra

mujer esperando un aventón en paradas de camión que nunca llega, mariachis cruzando las calles y uno que otro puesto de tacos al pastor. La gente que transita refleja que la noche bohemia siempre fue la mejor manera para entrar en ambiente; nunca la usé para abusar de la tranquilidad de otras personas; pero no voy a negar que siempre pasan cosas; las calles empedradas que te llevan a ninguna parte o, mejor dicho, a todos lados, menos al que vas: así es como describo el fortuito encuentro que me llevó a conocer lo que jamás quiero olvidar. Sin recordar más, sólo entre parpadeos veo luces que me arrullan con la velocidad del carro; junto con eso, alguna cita perdida en mi inconsciente:

-¡Papá! sin tus maravillosos recuerdos, mis primeros apuntes no habrían pasado de ser eso, unos apuntes ... Papá, al aparecer tú, me han venido a la mente unos conceptos, leídos al azar; no recuerdo de momento el nombre del autor, y desde ahorita le pido a ese anónimo señor mil perdones porque los vaya a copiar sin su permiso, y juntamente con mis disculpas va mi ruego de que no se disguste porque me atreví a transcribirlos... (Belden, 1970, pág. 6).

El viaje fue todo un deleite; me permitía ver a las personas que deambulaban con una tranquilidad a altas horas de la noche; por eso es que retomo la última cita del autor que me ayudó a hacer mi recorrido, abusando de su experiencia y su calidad.

Vivir con intensidad en cualquiera de las urbes de la aldea global es depositar la carga subversiva, no friquearse ni quedar a medio viaje. Hacer de ella el mejor modo de vida, de agenciar todo lo cándido del inconsciente colectivo, y darse el lujo, aunque parezcamos presuntuosos. (Gómez, 2010, p. 183)

Despierto en mi cama; ¿me quedé dormido?, dejando que el tiempo otra vez jugara conmigo; en cuestión de parpadeos, recorrí con la mirada una parte de Nuevo León en un sueño, una historia que me caracteriza, una sociedad que no conozco; pero ahí está, día con día, haciendo cultura y siendo un puntito de luz de esa mancha urbana de la que hablaba con mi padre; entra a mi cuarto y apaga la luz artificial de mi cuarto.

Ahora sólo me acuerdo de aquellos recorridos. Si supiera papá cómo ha cambiado la ciudad. En cada espacio donde se interactúa se revive una

historia. No dejo Monterrey, porque aquí están mis muertos, aquí he vivido y me muevo con libertad, como si fuera por un vaso de agua, en la noche, a media luz, en el interior de mi casa.

REFERENCIAS

1. Gerson Gómez (2010). *Crónicas perdidas*. Monterrey, N.L. México: UANL.
2. Gabriela Riveros Elizondo (2014). *Ciudad mía*. Monterrey, N.L. México: UANL.
3. Sara Aguilar Belden de Garza (1970). *Una ciudad y dos familias*. México: Editorial Jus.



Sin título 12-09, 2009